

# EL SEMANARIO CATOLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTIFICA Y LITERARIA,

consagrada á la

VIRGEN MARIA MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 872

Alicante 3 de Setiembre de 1887.

Año XVIII.

OREMOS POR  
NUESTRO SANTO PADRE LEON XIII.

ANTÍFONA.

Señor, guarda y dá fuerza á nuestro Santísimo Padre el Papa Leon XIII para que prosiga siendo por muchos años el buen pastor de nuestras almas,

Y El Señor le haga bienaventurado en la tierra.

R) Y le libre de sus enemigos.

ORACION.

Dios y Señor Nuestro, que quisiste que tu siervo Leon XIII apacentara y rigiera tu Iglesia, mirale con benignidad para que, con la palabra y con el ejemplo instruya á los fieles que le están encomendados, y juntamente con ellos alcance la vida eterna.

Amén.

LA SANCION DE LA MORAL EN LA OTRA VIDA

(CONCLUSIÓN)

2.º *Por qué Dios ha creado los hombres cuya condenación prevía?*

—A primera vista parecería más conforme á la noción de la bondad infinita que Dios hubiese dejado á estos malhechores en la nada. ¿No sería para ellos mejor no existir que hallarse en los suplicios eternos?

Nosotros hemos resuelto implícitamente esta dificultad cuando hemos tratado la cuestión del mal moral. El infierno con todos sus sufrimientos no es un desorden, un mal tan grande como el pecado; es una consecuencia de éste, pero consecuencia que tiene por razón y por efecto hacer entrar el pecado dentro del orden en tanto en cuanto él puede entrar, es una restauración del orden después del desorden; bien que este orden restaurado no puede ponerse

en paralelo con el orden que debía resultar de la ejecución regular del plan trazado desde un principio por el Creador: ¿es acaso posible hacer salir un palacio de sus ruinas con su regularidad y belleza primitiva? Sería necesario para esto que los materiales hubieran quedado intactos al desplomarse, lo que es imposible. El divino arquitecto se ve obligado á hacer entrar en su obra de restauración piedras profundamente deterioradas. Su edificio, ordenado de la única manera que puede serlo, llevará necesariamente las señales de estos vicios accidentales é irremediables. Mas en fin este orden tal como es, es infinitamente preferible al desorden; el infierno es infinitamente preferible al mal moral: existe una escala en la gerarquía del Sér; el mal moral está por debajo de la nada. Por consiguiente, si Dios ha podido, sin faltar á su bondad crear los hombres que preveía habían de caer en pecado (y es evidente que haya podido una vez que los hombres existen y muchos de ellos pecan) á *fortiori* ha podido sin faltar á su bondad, crear los hombres que preveía habían de caer en el infierno. De un lado hay aquí el mal moral que es esencialmente desordenado; de otro un mal físico muy justamente ordenado.

Lo que ilusiona en esta materia es que se considera á los hombres en particular, como si tuvieran una

existencia recíprocamente independiente, como si no formasen un todo encadenado, un todo cuyas partes son solidarias entre sí. Si los individuos estuvieran en efecto sin recíproca dependencia, si no formasen todos una misma familia cuyos miembros están ligados por la sangre, la creación de aquellos que debían separarse de su fin y caer en el infierno, no se comprendería sin pena. Se podría decir siempre que Dios les ha hecho un favor al cual sería preferible la nada conforme á esta palabra del Salvador: *mejor hubiera sido para este hombre no haber nacido*. Pero el género humano forma un todo en que los buenos y los malos se encadenan por los más estrechos lazos, de tal suerte que suprimir los malos sería suprimir á la vez á los buenos. Basta reflexionar un instante sobre la manera como se propaga la especie humana para ver esta necesidad en toda su evidencia. ¿Quién es el hombre honrado que no cuente algún malvado entre sus ascendientes ó descendientes? Las familias que tienen sus genealogías consignadas en la historia deponen á favor de esta verdad humillante; se puede decir también que los nombres sin tacha están siempre en insignificante minoría. Las descendencias oscuras están lejos de esconder solamente virtudes; su oscuridad es la única diferencia que las distingue

de las otras. El bien y el mal no constituyen jamás mayorazgos inalienables, los herederos, sucesivamente buenos ó malos, no reciben de sus padres ni sus vicios ni sus virtudes: la honradez y la maldad se suceden sin orden, y ponen en oposición moral á individuos que se hallan unidos entre si por lazos físicos de un modo indisoluble. La humanidad compuesta de elementos tan desacordes moralmente, no deja de formar por esto un todo físicamente solidario. Dios no podía por tanto suprimir las partes malas sin suprimir al mismo tiempo las partes buenas, ni conservar estas sin conservar á la vez aquellas. Ahora bien ¿convenia que, para preservar eficazmente á los malos de las consecuencias últimas de su malicia les hubiera dejado en la nada, dejando á la vez en la nada á los buenos que no podrian nacer sin aquellos malos, una vez que unos y otros son solidarios en la existencia? ¿Convenia que los buenos fueran privados de un bien de que los malos habian de abusar precisamente porque estos habian de abusar? ¿convenia que el vicio impidiese existir á la virtud? Tanto valdria decir que el desorden convenia en los consejos de Dios.

Los malos existen á causa de los buenos. Ellos solos son la única causa de su malicia y de la desgracia que es su consecuencia. Mas, si Dios no les ha impedido de ha-

cerse culpables de esta malicia y de precipitarse en su desgracia que es la consecuencia lógica de aquella, rehusándoles la existencia, es porque ha querido, en cierto sentido, proveer á los buenos de los medios de practicar el bien, y de que recogieran su fruto: *Omnia propeter electos!*

3.º *Si los santos se alegran de las penas de los condenados.*—Esta cuestión no se relaciona sino de lejos con el asunto que aqui tratamos. Pero los escritores incrédulos no dejan jamás, cuando hablan del infierno, de tomar ocasión de aquí para clamar con gran indignación contra el dogma católico. «Cuando se leen tan horribles impiedades, escribe uno de ellos, se siente uno tentado á decir que si el infierno pudiera existir, éste seria para aquellos que las han escrito ó enseñado.» Es pues indispensable decir una palabra sobre ello, y mostrar de qué lado se encuentran la calma y el buen sentido.

Desde luego nos guardaremos de atribuir nuestras pobres ideas á los bienaventurados sumergidos en el piélago de la luz divina. El alegrarse de los sufrimientos de otro en las condiciones de la vida presente es casi siempre barbarie condenable, crueldad odiosa. En efecto, este es un sentimiento que consiste á la vez en un movimiento de orgullo y en una efusión de sensualidad sangui-naria. El sufrimiento de uno es en

él una mengua que parece acrecentar otro tanto al sér de aquél que es de ella testigo impasible, si es cruel.

Es así como un condimento que da un sabor picante á la satisfacción de no probar este mal y que hace desear bajamente que se prolongue y aumente. De todo esto resulta una disposición moral que nunca sería bastante duramente condenada. ¿Será razonable atribuir nada parecido á los santos, es decir á los hombres que han llegado al término de la perfección? Sería esto tan razonable como la contradicción que es la locura de los espíritus que no están enfermos. Lo que es preciso atribuir á los santos, por virtud misma de la razón, vamos á decirlo nosotros.

El orden y la justicia, según hemos demostrado, piden imperiosamente que el pecador obstinado en su pecado sea privado del bien supremo que él no quiso y de los bienes secundarios que él apeteció contra derecho. El estado opuesto, siendo definitivo, sería el colmo del desorden. Querer este desorden, sería querer el mal, sería querer la injusticia consumada. Los santos pues, por lo mismo que son justos, por cuanto quieren la justicia cumplida, porque son santos, quieren este orden que liga el mal físico al mal moral; ellos aprueban como realización de este orden, y no podrían dejar de aprobarlos sin hacerse culpables,

los castigos de los malvados. El sentimiento especial que se manifiesta en la conciencia de todas las personas honradas, cuando un gran culpable es castigado por las leyes humanas, ¿es otra cosa que un testimonio de nuestro amor natural por el orden y la justicia? ¿Quién osaría condenarlo y preteuder no hacer en ello ofensa á la mora!? Purificad este sentimiento de todo lo que haya en él de imperfecto, animadlo de todo lo que el amor del bien tiene de más generoso y elevado, y tendreis una idea de la manera como los Santos aprecian las penas del infierno, y convendreis que nada es más conforme á las reglas de la razón.

¿Qué digo? Si queda en los santos algún amor hácia los condenados, ellos deben por esto mismo alegrarse de sus penas, ¿Cuál es, en efecto, el mayor mal para la naturaleza racional, el que más la envilece y degrada, el que la hace más odiosa y más digna de menosprecio y aborrecimiento? Semejante mal no es ciertamente el dolor; es el mal moral, es el pecado produciendo su obra de desorden y destrucción, sin freno y sin obstáculo. El castigo contiene este principio de corrupción suprema, y reduce en cuanto es posible al orden al pecador que se había separado de él. Hay pues algo de bueno en el castigo, algo que debe ser amado como todo lo que es bueno. El pecador castigado

según sus méritos se hace pues realmente mejor, si no desde el punto de vista moral á lo menos desde el punto de vista metafísico. La impunidad es para él el colmo del mal, y la justa pena una aproximación, si así se puede decir, á una condición más elevada, á un estado preferible en sí mismo. Los que aman al pecador, si tienen el espíritu bastante claro y firme para comprender esta verdad, deben experimentar alegría cuando aquel es castigado y recobra así en cuanto es posible, el bien del orden. Esta es la misma doctrina de Platon en el *Gorgias*. Según él aquel que ha cometido una injusticia, si tienen algún cuidado de su bien, debe entregarse á los jueces, y aún pagar á sus abogados para obtener más seguramente su condena; porque *el mayor mal del mundo es la injusticia impune*. Con relación á este mal, la injusticia castigada es un bien.

Preciso es colocar en este mismo punto de vista para juzgar sanamente las consecuencias que se podrían sacar de las afecciones de familia y de las amistades terrestres. ¿Cómo, se dice, no experimentar una espantosa tristeza ante la idea de los atroces sufrimientos á que se hallan sometidos nuestros amigos por toda la eternidad? Diremos una vez que no es el castigo, sino la impunidad la que constituye la condición más deplorable para el pecador. La pena

es un mejoramiento, no en su voluntad, sino en sus relaciones generales; ella debería ser un consuelo para aquellos á quienes aflige su caída. Además, importa no engañarse acerca de la naturaleza de las afecciones que subsisten después de esta vida. La amistad consiste en una comunidad de voluntad: *eadem velle, eadem nolle, ea demum firma amicitia est* dice el autor latino. Ahora bien, el condenado ha extraviado todo el movimiento de su voluntad de su término legítimo. Por tanto él ha roto necesariamente con sus amigos que han practicado la justicia, y cuya condición actual es la de amarla plenamente durante la eternidad. De su común afecto no resta nada; se ha roto enteramente: no hay ya amistad ninguna, ni podría haberla entre ellos. De aquí que el sufrimiento simpático que podría nacer de esta fuente, es malo: la fuente está seca, y se ha secado por la perversión del condenado. No se pretenderá seguramente que el santo, para salvar á cualquier precio su amistad, viendo que aquel que fué su amigo rehusa dar á su voluntad la dirección de la justicia y del honor, deba él volverse hácia el mal y poner en él su afecto. Tal pretensión sería el colmo de la sinrazón. La injusticia suprema libremente aceptada y querida es una arma afilada que corta todas las amistades legítimas, aún las que estén fundadas

sobre las relaciones sociales ó formadas por los lazos de la sangre. Si algo se encuentra de cruel y bárbaro en este estado de cosas no es en verdad á los santos á quien debe atribuirse; es el réprobo que, solo, ha faltado á los deberes de la amistad violando la justicia.

¡Ay! Así como separais los esposos, los hermanos, los miembros de una misma familia! — Bueno es ser sensible, pero es mejor ser racional. ¿Es Caín hermano de Abel? ¿Es Nerón el hijo de Agripina? ¿Tantos criminales cuyo recuerdo han conservado los anales judiciales, pertenecen verdaderamente á las familias que ellos han desolado y deshonorado? Aún aquí en la tierra, ciertos actos rompen los lazos más fuertes; ¿qué digo? los que se hacen culpables se vuelven mucho más aborrecibles precisamente porque violan los derechos de la familia. El pecado, descubierto todo en espantable fealdad á la luz de la vida eterna, es el veneno más eficaz para destruir entre las almas las relaciones más dulces y fuertes. Que el autor del pecado sufra todo lo odioso de ello, y toda la responsabilidad.

*J. de Beniot. S. J.*

---

## INDULGENCIA

QUE S. S. LEON XIII CONCEDE A LOS DEVOTOS

DEL ROSARIO DE LA AURORA,

—  
VERSION CASTELLANA.

*León P. P. XIII.*

A todos los fieles cristianos que las presentes Letras vieren: Salud y bendición Apostólica.

Se nos ha expuesto poco há en nombre de nuestro amado hijo José Martinez, de la Orden de Predicadores Provincial de España, que en casi todos los puntos de este reino, prevaleció el piadoso ejercicio llamado *Rosario de la Aurora*, fundado y extendido antiguamente por los Hermanos de la misma Orden, el cual consiste en que, al rayar la aurora, sale de la iglesia un sacerdote de la Orden de Predicadores, acompañado de un coro de cantores, recorre las calles cantando el santo Rosario, y conduce al pueblo que se le agrega en el camino, especialmente á los obreros, al templo, en donde se reza el santísimo Rosario, se celebra el santo sacrificio y se practican otros piadosos ejercicios. Más como esta piadosa costumbre haya decaído algun tanto á causa de la perversidad de los tiempos, á fin de que vuelva á revivir, Nos ha suplicado encarecidamente el mencionada hijo, que nos dignásemos

benignamente franquear los tesoros de las gracias celestiales. Así, pues, hemos determinado secundar estas preces, que á tan laudable fin se ordenan y que tan conformes están con nuestros sentimientos; y por la misericordia de Dios Omnipotente, y confados en la autoridad de sus Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, á todos y á cada uno de los sacerdotes, ora seculares, ora regulares, que de consentimiento de sus respectivos Ordinarios, guiasen por las calles al pueblo reunido como arriba se ha dicho, y á los demás fieles de uno y otro sexo que se asociaren, en las fiestas de la Natividad, Anunciación y Asunción de la Bienaventurada María Virgen Inmaculada, si verdaderamente arrepentidos y confesados y alimentados con la sagrada comunión, llegasen en procesion á la iglesia donde se tiene el ejercicio y asistiesen á él, concedemos misericordiosamente en el Señor indulgencia Plenaria y remisión de todos sus pecados.

Además á los mismos, tanto sacerdotes, como fieles de Cristo de uno y otro sexo, que al menos con corazón contrito asistieren cualquier dia del año á la mencionada procesion, y fuesen hasta la iglesia, según arriba queda dicho, y asistieren al mencionado ejercicio, concedemos trescientos dias de indulgencia, ó sea les perdonamos trescientos dias de las penitencias

que se les haya impuesto, ó de cualquier otra manera debida, en la forma que en la iglesia se acostumbra.

Concedemos otro si que todas y cada una de estas indulgencias, remisiones de pecados, y dispensas de penitencias, puedan ser aplicadas á modo de sufragio por las almas que emigraron de esta vida unidas á Dios con el vinculo de la caridad. Las presentes valdrán por un decenio y tan solo dentro de los límites del reino de España.

Queremos tambien que los trasuntos ó ejemplares, aun los impresos, de las presentes Letras, firmados por algun Notario público y que lleven el sello de persona eclesiástica constituida en dignidad se les dé la misma fé que se daría á las presentes en caso de ser presentadas.

Dado en San Pedro de Roma bajo el Anillo del Pescador á 5 de Julio de 1887, el año décimo de Nuestro Pontificado.

*M. Card. Ledochowski.*

---

## REFLECCIONES FILOSÓFICAS

SOBRE LA MUERTE.

(Continuación.)

Refiere Tipocio que Juan Duque de Cleves ostentaba en su escudo

de armas para testimonio de la fragilidad de nuestra naturaleza y miseria de nuestra condición, un lirio con este lema: *Hodie, cras nihil*. Hoy florece, mañana es nada.

Reyes, vuestra vida es un lirio: como el aparece al salir el sol con lustre y pompa: ya hacia el medio-día su lustrosa vivacidad empieza á marchitarse, y á la caída del día con él se cae, se deshoja y desvanece, sin que nos quede apenas memoria de su ser.

*Hic situs est magnus Pompejus*. Aquí yace Pompeyo con su grandeza. Esto es lo que llevó al sepulcro este conquistador que triunfó de las tres partes del mundo. ¡Oh mundo qué pobre eres, pues tienes tan pocas cosas que dar! ¡Oh fortuna, qué miserable eres, pues tus validos están espuestos á la pública vista como objetos de compasión! ¡Ah! fuese de entreambos quien quisiere no es dable evitar sus fraudes, sino despreciando sus favores.

*Iui omnia, sed nihil expedit*: así gritó en un exceso de amargura un emperador Romano en las agonías de la muerte: Lo fuí todo y ahora no soy nada. He gozado todos los placeres de todas las grandezas del mundo; más las dulzuras se han trocado en amargura pues no me resta otra cosa que su acibarado gusto.

Grandes reyes, poderosos de la tierra, medita continuamente estas verdades, considerad que de todas

vuestras grandezas solo habeis de llevar al sepulcro una pobre mortaja, y que vuestros huesos se han de mezclar con los de vuestros esclavos y vasallos y en nada os diferenciareis de lo que habeis oprimido y atropellado. Grandes dignidades de la Iglesia, cardenales, obispos, no perder de vista que sois hombres y como hombres sugetos á todos los defectos y miserias de los demás, considerad que vuestro cuerpo es un monton de podre que cuando le hiera la muerte causará horror á los que ahora os sirven de rodillas. ¿Qué importa que adorneis vuestra cabeza con lujosa mitra, que empuñeis en vuestras manos un rico báculo, que sobre vuestro pecho ostentais un pectoral de oro y os rodeis de pompa y magestad. Todo esto no sirve más que para cubrir la nada de vuestro ser y ocultar los gusanos que estan preparándose para devoraros. Al sentar la muerte sobre vosotros su mano fatal la mitra caerá de vuestra cabeza, vuestro báculo se hará añicos, ese precioso pectoral que adorna vuestro pecho desaparecerá, y esa pompa, ese fausto y esplendor se convertirá en horror, y vuestro cuerpo lo devorarán los gusanos. ¿Por qué no grabais en vuestros escudos de armas este lema del Duque Cleves. Hoy algo mañana nada? y teniéndolo siempre á la vista no os desviareis de la senda de la justicia. Tambien podiais ostentar este: *Nihil*



sum, et in nihilum revestiar. Nada soy y en nada me convertiré; ó este si os agrada más: corpus meum vorabunt vermes. Mi cuerpo lo devoran los gusanos. De esta manera, hombres poderosos de cualquier condición y clase que seais tendriais á raya vuestras pasiones y no os apartariais nunca del camino de la rectitud, de la prudencia y de la caridad, obrariais siempre el bien y seriais los padres de vuestros súbditos. ¿Podeis decir que no caereis en estos defectos? Esto sería bueno sinó fuerais hombres. Por eso vuestros servidores al dejar el lecho debían despertaros con estas palabras con que al gran Filipo llamaba todos los días su page: Señor, acordaos que sois hombre. Sí, Reyes, Monarcas, Príncipes acordaos que sois hombres, y sereis justos-Jueces, Magistrados, acordaos que sois hombres y sereis rectos y prudentes; Cardenales, Obispos, Sacerdotes, acordaos que sois hombres y sereis benignos para con vuestros súbditos, y sereis justos, rectos, prudentes, y tendreis caridad, y no dareis lugar á que la soberbia se apodere de vuestro corazón, y no os apartareis del exacto cumplimiento de vuestros deberes y practicareis la virtud y el bien; todo esto conseguireis meditando continuamente que sois hombres, porque tendreis presente que sois un monton de podredumbre, de corrupción, polvo, ceniza, nada, pasto de

tos gusanos en el sepulcro mientras vuestra alma sufrirá tormentos indecibles en el infierno si por olvidarlos de esta verdad habeis faltado á la justicia, á la prudencia, á la caridad.

## XII

Mortales de todas clases y condiciones, gustad todas las delicias de la tierra; su sabor ingrato os quedará siempre en la boca, en el corazón el pesar, y si este fuese ineficaz é inutil, mil eternos suplicios le aguardan tambien al alma. Considerad que todas las felicidades de la vida son de la misma naturaleza que ella, esta muere á cada momento, y aquella se huye sin cesar. ¿No veis ese informe monton de restos humanos? Tomad, pues, en vuestras manos unos de esos cráneos ó huesos y como los Judíos preguntaban al precursor ¿tú quién eres? Preguntadle vosotros. ¿Tú quién eres? No oireis otra cosa que lo que respondió Juan. No soy. ¿Eres tú alguno de aquellos hombres poderosos, sabios, opulentos y hermosos? No soy, te dirán. ¿Eres tú aquel citarista tan célebre, aquel bailador, y disputador tan afamado? No soy, te responden. ¿Eres tú aquella bailadora tan bella y tan hermosa que como diosa era adorada en nuestra ciudad? No soy. contestan. ¿Eres tú aquel que brillaba en el santuario con su dignidad

episcopal, aquel que ostentaba sobre sus hombros la púrpura cardenalicia, el que ceñía sus sienes con la tiara? No soy. ¿Eres tú aquel que deslumbraba á sus semejantes con los fúlgidos destellos de su corona real ó de su diadema imperial, aquel que al empuñar en sus manos su flamigera espada infundía terror y espanto con su torvo ceño y con sus rápidas victorias? No soy. ¿Eres tú aquella Raquel tan hermosa, aquella Rebeca tan bella, aquella Ester amable, aquella Judit intrépida que deshizo las huestes de Nabuco, aquella Elena cuya deslumbradora belleza fué causa de una guerra de diez años y de la destrucción de Troya? No soy. Así preguntaban llenos de admiración y espanto los que veían el cadaver de Jezabel comido de los perros. ¿Hocine est illa Jezabel? ¿Es esta aquella Jezabel? (1) ¿Estos son aquellos ojos, aquella frente, aquella boca, aquellos labios, aquella cabeza adornada de hebras de oro, aquellas manos, aquellos miembros delicados? ¿Quién eres, pues? ¿Qué dices de tí mismo? Ego sum vox: Yo soy la voz del que clama en el desierto. Si. Desde este lugar desierto y solitario, desde esta fúnebre mansion, desde este lugar de horror y espanto clamo continuamente á los mortales. Dirigite viam Domini.

(1) Lib. 4 de los Reyes, cap. 9 v. 30.

Enderezad el camino del Señor. (1) ¿Y cómo hemos de enderezar este camino? No creyendo al diablo porque engaña, no confiando en la carne porque se corrompe; ni en la sangre, es decir, en los parientes y amigos, porque nos abandonan, no confiando en el mundo, porque nos falta, no confiando en las riquezas, porque nos perjudican y dañan, no confiando en el poder porque no nos basta, ni en la soberbia y grandes dignidades, porque perecen. Si continuamente oyésemos esta voz del Señor indudablemente que enderezaríamos nuestros pasos por los caminos de Dios haciendo penitencia de nuestros pecados.

Léese en las confesiones de San Agustín, que antes de convertirse este gran santo, oía de cuando en cuando una voz que decía: Tolle, et lege. Juzgaba el santo que aquella voz era de unos niños que estaban jugando allí cerca y acostumbraban gritar de esta manera, y no hacía caso de la voz. Pero cuando ya na oía á nadie, tomó el libro, y empezó á leer este pasage del Apostol S. Pablo á los Romanos. (2) Caminemos como de dia honestamente: no en glotonerías y embriagueces, no en sensualidades y disoluciones, no en pendencias ni envidias:

(1) Isaias, cap. 40 v. 3.

(2) S. Pablo ad Rom. cap.: 13 v. 13.

más vestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no hagais caso de la carne en sus apetitos: y al instante se convirtió. No es, pues, juego de niños, míseros mortales, esta voz de los difuntos. Es la voz de Dios; es el precursor de la muerte, que quiere nos preparemos para el juicio. Toma, pues, en tus manos, un cráneo ó un hueso de los difuntos y lee en él: ese es un libro que nos habla con voz muda, pero elocuente; sus páginas están llenas de sublimes enseñanzas. En ellas nos dice: tristes mortales, que caminais en pos de los placeres de la vida y con delirante afán suspirais por las delicias humanas; no paseis vuestra vida en la embriaguez y glotonería, no os entregueis á la disolucion y á la sensualidad, no paseis el tiempo en envidias y contiendas, en pendeucias y murmuraciones. Vivid como Jesucristo, mortificad vuestra carne y preparaos con obras buenas á recibir al divino Juez. Leed en mis páginas el triste fin que os aguarda, las miserias que os esperan. Yo disfruté tambien de ese sol que alumbraba el universo, de esa luna que disipa las tinieblas de la noche y admiré y contemplé ese cuadro magnífico y sorprendente que nos presenta el firmamento: yo aspiré ese aire que vosotros respirais, y pasé esa tierra que vosotros andais. Yo oí como vosotros el violento rugir del huracan cuando se desencadena, y

el fragor de la tempestad; oí estallar sobre mi cabeza el estampido del trueno, ví al rayo hender los vientos y sepultarse en la tierra, y cuando yo más embelesado estaba en contemplar y admirar ese cuadro de las maravillas divinas, se apagó para mi de repente la luz del sol, la bella luz de la luna se convirtió en tinieblas; se extinguió el aire que respiraba, y ya no admiré más esa brillante y magnífica alfombra de estrellas y soles que sobre nosotros estendió la omnipotencia divina: rugió el huracan de la cólera divina, estalló sobre mi cabeza el formidable y pavoroso trueno de su justicia, y me hirió el rayo de la muerte y me sepultó en las entrañas de la tierra. Este es el triste fin del hombre: ¿Qué dices hueso descarnado? ¿Qué es lo que hablas, calavera blanqueada por los rayos del sol? Dispensa mi importunidad; he empezado á leer en tu libro, y quiero aprender las lecciones que en él me das: una pregunta más: ¿con que tu eras un hombre? ¿Y qué cosa es el hombre? Dímelo: yo quiero conocerlo, yo quiero comprenderlo, yo quiero saberlo: yo quiero estudiar en esas elocuentes páginas que me muestras, quien es el hombre. ¿Quieres saber quien eres? Escucha. El hombre es un forastero y peregrino. 2.º Es huesped de un solo dia. 3.º Es heno fragil. 4.º Hoja que el viento arrebatara. 5.º Sombra que huye 6.º Universidad

de vanidades. Si de sus cualidades hablamos es: De vida breve, inestable, incierta y fragil. 2.º Su nobleza, honor y dignidad, es heno. 3.º Su hermosura es una flor. 4.º Sus riquezas y grandezas como el lirio de los campos. Vamos á desarrollar estas meditaciones que nos sugiere este hueso humano.

(Se continuará)

---

## UN CONFESOR DE LA FE.

---

Un niño, cuyos padres no cumplían los preceptos de la Iglesia, fué á confesarse para hacer la primera Comunión, y se confesó de haber comido carne en los dias de abstinencia. El confesor le dió para en adelante los consejos que habría de seguir, atendiendo la posición en que se encontraba. Ocurriendo á los pocos días uno de vigilia, se sirvió carne, según costumbre, pero el niño no la tocó.

—¿Por qué no comes?—le preguntó su padre.

—Padre, porque hoy la Iglesia prohíbe comer carnes; yo con un pedazo de pan puedo pasar y estoy contento.

—Ni un bocado de pan comerás si no comes carne,—replicó el padre ya enojado.

El niño, modesto y silencioso,

continuó sin comer. Entónces el padre mandó encerrarle en un cuarto, y que no le diese nada de comer hasta el otro día. El niño no replicó: se fué al cuarto indicado por su padre, estando muy contento de sufrir algo por amor de Jesucristo.

Movida á compasión la madre, aunque era tan poco religiosa como su marido, llevó secretamente al niño alguna comida y le reprendió por su terquedad.

—Si mi padre—respondió el tierno confesor de la fe—me hubiese mandado una cosa lícita, la habría hecho al momento por costosa que hubiese sido. En prueba de que no me opuse á su voluntad por capricho ni por obstinación, vea usted cómo me he venido inmediatamente á este encierro, y estoy aquí contento hasta que él tenga á bien sacarme. En esto puedo obedecerle sin faltar á ley de Dios, y le obedezco con gusto.

—Bien, bien, ahora cómete eso, y que tu padre no lo sepa.

—Perdone usted, madre, no me es lícito comer, porque mi padre me lo ha prohibido.

La madre no pudo ya contener las lágrimas; salió del cuarto llena de contento por tener tal hijo, y con el corazón partido por lo que le habían hecho sufrir. Fué inmediatamente á contarle á su esposo y corriendo los dos al cuarto del encie-

ro derramando lágrimas, abrazaron al heróico niño.

—¡Oh, hijo mio, le decia el padre, tú has sido más prudente que yo!

—¡Eres más bueno que nosotros! decia la madre.

El niño se encontraba alegre y confuso sin saber qué contestar á estas demostraciones de admiración y regocijo.

—Hijo mio, ¿quién te ha enseñado estas cosas? ¿Quién te dió esos buenos consejos?

—El confesor.

El padre fué á dar á éste las gracias suplicándole al mismo tiempo que le oyese en confesión.

La madre hizo lo mismo.

El hijo había convertido á sus padres.

---

## UNA CARTA DEL VENERABLE BERRIO OCHOA.

---

Leemos de un diario católico:

»La diputación provincial de Vizcaya ha tomado el acuerdo de incoar el expediente para pedir la beatificación de Fray Valentin de Berrio-Ochoa, muerto en el Tong kin, y cuyo cuerpo fué llevado recientemente á Elorrio, su villa natal.»

Con este motivo creemos oportuno publicar la siguiente carta del venerable Obispo mártir á su querida madre, en la seguridad de

que nuestros lectores la han de saborear y releer, encantados de tanta ternura y cariño filial. Dice así:

»Madre mia: ¿con que tambien Vd. se ha encorvado? ¡Ay! A nadie perdonan los años; pero de seguro que no se ha envejecido tanto que haya quien la venza en hilar. No se espante Vd. por los años, llevando vida santa; pues sin morir nadie entra en la gloria. Nada importa que ahora coma Vd. el pan con trabajo, porque la pobreza es atajo para la gloria.

»No se rompa Vd. la cabeza pensando en mí, porque su chiquito está bueno. Yo vivo hecho todo un señor Obispo. Lo que no hay es pan. ¡Si usted pudiera mandarme uno, ligero y tierno, con algun pajarito! ¡oh! ¡y con qué gusto comeria este señor Obispo y misionero el pan amasado por la ancianita! No tema Vd. que muramos de hambre; mas tampoco piense Vd. que por ser Obispo ande en coche, sino descalzo de pié y pierna y en las tinieblas de la noche; pero vivimos alegres.

Una noche anduve seis leguas, con barro por abajo y agua por arriba, habiendo medido muchas veces la tierra con mi largura; y aunque era un señor Obispo, llegué á casa lleno de barro y agua. Pero los cristianos tienen mucha caridad. Cuando llegué tenian agua caliente, me dieron un baño y quedé muy bien para celebrar la santa Misa,

¡Ay, querido hijito mio, dirá Vd. qué triste es ese modo de vivir! No, querida viejita mia, no es triste este modo de vivir; con salud, alegría y agilidad anda aquí la gente. Madrecita, Valentinito está hecho un salvaje y las barbas de su cara harían temblar á los diablos viejos del infierno. «No tener cuidado madre; el hijo bien vivir; yo no tener envidia del Reíña: Yo ser su hijo humilde.—FR VALENTIN.»

## LO DE LOURDES.

### I

Será todo lo que V. quiera, amigo mio, le decia yo pocos dias atrás á un mi compañero en el wagon de un ferrocarril; pero la verdad es que existe hoy en Lourdes, departamento francés de los Altos-Pirineos, diócesis de Tarbes, un magnífico Santuario que hace treinta años no existia; y corre nacida entre aquellas rocas áridas y peladas una abundosa fuente que hace treinta años nadie sospechaba pudiese correr por allí, y se han gastado en construcciones de conventos y hospitales y obras religiosas al rededor de aquella Gruta millones de francos, lo cual parece imposible en un país de suyo pobre y apartado de todo centro fabril ó comercial; y ha crecido por mitad la antes ignorada y reducida poblacion, que es hoy ciudad conocida de todo el mundo, cuando antes no sonaba su nombre más que en la comarca; y van allá continuamente viajeros de todos los puntos de Francia y de muchísimos del resto

de Europa y de América; y, por fin, encuentran allí infinitos enfermos súbita curacion de gravísimos males con sólo un vaso de aquella agua bebida con devocion, ó un baño de la misma con unas preces á María Santísima. Estos son hechos que nadie puede negar, visibles, palpables. Supongo que no le vendrán á V. tentaciones de negarme que existe Lourdes, y que de veinte y cinco años acá se ha obrado allí esta trasformacion, y que hoy por hoy corre allí esta fuente que antes no corria, y va allá en peregrinacion la mitad del mundo que antes no tenia de eso idea alguna. Eso no me lo va V. á negar. ¿No es verdad?

—Cierto que nó, amigo mio; fuera tan ridículo empeñarse en negarlo, como negar que hubo há mucho Exposición universal en París y Filadelfia, ó que estalló hace pocos años guerra entre Rusia y Turquía, ó que la hubo después en Inglaterra y el Afghánistan. Pero ¿qué saca V. de ahí en favor de la superstición? ¿Acaso no sabemos lo que pueden preocupaciones?

—Calma, calma, caballero, y no echemos á barato, las cuestiones. Me contento con que me conceda V. que tales hechos existen. Pero ahora continúo yo y pregunto: ¿Sabe V. los orígenes de todo esto, es decir, cómo empezó, cómo lo tomó el mundo y qué fallo les dió á esas frioleras la crítica más imparcial?

—Nó á la verdad, porque nunca me dió el naípe por leer periódicos ultramontanos ni libros de devocion. ¡A las mujeres con eso!

—Está bien. ¿Con qué á título de librepensador falla V. inapelablemente sobre un suceso del cual no

tiene idea alguna, y á título de partidario del libre exámen da V. por resuelto en sentido de supersticioso un hecho que no se ha tomado la pena de examinar?

—¿Qué querrá V. decir con esto?

—Nada, que en esta cuestión, como en todas, el Catolicismo ha derrotado ya en primera instancia á la incredulidad, porque la tenemos convicta y confesa de negar sin saber lo que niega, y de haber fallado sin tener conocimiento alguno de lo que sujeta á su ilustrado tribunal. Ilustrado, sí, ¿eh? Reniego yo de tan apagadas luces y de tan oscura ilustración. Más duchos y remirados andamos los católicos en eso de creer.

—¡Pero hombre! ¿No me he de reir de sus cosas de Vds., y no las he de negar sin examen, sí, señor, sin exámen, cuando á las primeras de cambio quieren Vds. ya taparnos la boca con el milagro? ¡Vea V. por dónde se descuelga el Catolicismo en mitad nada ménos que del siglo décimonono!

—¡Valganos á todos el cielo, santo varon! ¿Quién hay que la gane por la mano á la pobre é infatuada incredulidad en eso de tomar, como se dice, el rábano por las hojas? Véngase acá, bendito de Dios, véngase acá y le pondré en cuatro palabras al corriente de todo eso que es nuestro abecé, y que V. con ser tan sabio y tan ilustrado da muestras de ignorar. La Iglesia es más examinadora y pensadora que V. en esta materia y en todas. Ve un hecho varios que traspasan los límites de lo ordinario y no ofrecen por de pronto explicación natural. ¿Cree V. que al momento como loca

y desatinada echa á correr por esas calles vociferando ¡Milagro! ¡milagro? Más de cuatro años tardó el Oblspo de Tarbes en prestar crédito *oficial* á lo que cuatro años hacia veníase contando de público en toda su diócesis y en toda Francia y en todo el mundo. Mire V. si anduvo con piés de plomo el buen Prelado en dar público certificado de verdad á los hechos referidos.

Solo cuando hubieron pasado ellos por todos los tamices y alambiques; cuando para convencerlos de impostura se hubo agotado en vano toda la astucia del Gobierno, toda la cavilosidad de la policia, toda la malignidad de la prensa anticatólica sólo cuando ni amenazas, ni burlas, ni promesas, ni halagos pudieron hacer que la niña de catorce años, Bernardita Soubirous, dejase de mantenerse firme y entera en la declaracion de lo que habia pasado con ella; sólo cuando repetidas curaciones, declaradas prodigiosas y sobrenaturales por facultativos de nota y académicos de peso, hubieron probado la virtud divina de la fuente que escarbando con sus dedos la tierra hizo brotar la hija del molinero; entonces fué cuando, tras minucioso y prolijo exámen, la Iglesia por boca del Pastor, admitió como legitimos tales hechos y reconoció en ellos el carácter sobrenatural.

La misma impiedad, podemos decir, lo reconoció antes que la Iglesia, desde el momento en que compelida á dar una explicación confesó avergonzada y confusa que no podia humanamente darla. ¡Vergüenza para los sabios, mudos de estupor ante una niña que no sabia leer!

Digame V. ahora, amigo mio esa explicación humana que toda la incredulidad no ha podido dar de los hechos de Lourdes, por más que la ha buscado, ¿la tiene V.? si la tiene dénosla por caridad. Si no la tiene, búsquela. Averigüe los hechos, pese las razones, informese del pro y del contra de la cuestión; pero, por Dio no resuelva de lleno, sin conocer los antecedentes de lo que se debate. que esto no es católico, ni filosófico, ni siquiera racional.

Hay unos hechos que llaman la atención de todo el mundo. ¿Porqué se la llaman? Hay un lugar á donde acude en continua y nunca interrumpida procesion el pueblo fiel. ¿Por qué acude allá todo este gentío? Hay infinidad de personas que se dicen maravillosamente curadas con el uso de aquella agua, en la cual el análisis químico no ha sabido encontrar composición distinta de las otras aguas comunes. ¿Qué se ha de creer de tales curaciones? ¿Quién da fe de ellas? ¿Qué valor tienen las firmas de los médicos que las aseguran? Eso es lo que invito á V. á averiguar.

F. S y S.

### CULTOS RELIGIOSOS.

Hoy 3 de los corrientes, dará principio, como de costumbre, en la Ermita de San Roque un Solemne Novenario á Ntra. Sra. de Lourdes á expensas de sus devotos. A las siete en punto de la tarde se rezará el Santo Rosario; terminado éste se leerá una plática, á la que seguirá la Novena, terminando con la Salve y gozos. Los días festivos habrá Sermón en vez de la plática, siendo los

Oradores el Domingo 4, D. Miguel Guirao, coadjutor de Ntra. Sra. de Gracia, el día 8 D. José Terol, coadjutor de San Nicolás, y el Domingo 11 D. Arturo Martinez, coadjutor de la Misericordia.

Los favores especiales que sus devotos alicantinos vienen recibiendo de la Santísima Virgen de Lourdes hacen esperar la concurrencia á este Santo Novenario. Las personas devotas que quieran contribuir con alguna cera al esplendor de estos cultos, la entregarán al Sacristan de aquella Ermita. Los días festivos principiará la Novena á las 6 de la tarde.

En las Capuchinas.—La función mensual al Sagrado Corazon de Jesús. A las siete y media de la mañana misa de comunión de los asociados, y á las cuatro y media de la tarde los ejercicios de costumbre con exposicion del Santísimo.

Martes, Miércoles, y Jueves, solemne Tríduo en honor de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús. A las ocho de la mañana en los tres días se pondrá de manifiesto S. D. M. quedando expuesto hasta la conclusión de los ejercicios de la tarde, que principiarán á las cuatro y media, y en los que habrá sermón á cargo del R. P. D. José M.<sup>a</sup> Lasquibar.—Habrá también misa cantada con orquesta los tres días á las nueve de la mañana, y en el último que es el de la Natividad de la Virgen, comunión general á las siete, y sermón en la misa solemne. Terminarán estos religiosos cultos con la bendición del Santísimo y salve á la Virgen, cantada por la orquesta.